

Segundo Tello: La épica travesía de un peruano que escapó al caos para fundar Café Altura en Chile

Desde las profundidades de Cajamarca, huyendo de la violencia y la miseria en el Perú de los 80, hasta construir un referente del café de especialidad en Santiago. Segundo Tello, el alma de Café Altura, comparte por primera vez su conmovedora odisea de supervivencia, principios inquebrantables y la fe que lo guió hasta su sueño.

Santiago de Chile.- Detrás de cada taza de café de especialidad en Café Altura, una de las tostaderías más respetadas de Santiago, se esconde una historia de vida tan rica y compleja como los granos que procesan. Su fundador, el peruano **Segundo Tello**, no solo es un exitoso empresario, sino un testimonio viviente de resiliencia, fe y el inquebrantable espíritu de un migrante que persiguió la dignidad en un continente ajeno.

"Yo ya llevo 31 años en Santiago. Llegué el año 93, al inicio de cuando se comenzó a dar el caos en Perú", comienza Tello su relato a Info región, con la voz serena de quien ha visto lo más duro. Nacido en Santa Rosa de la Yunga, en el interior de Cajamarca, su infancia fue marcada por la mudanza a Tarapoto a los cinco años. Allí, en la adolescencia, experimentó el lado más oscuro de la historia peruana.

"Perú era distinto a lo que soy. Eran las épocas de violencia política, de Sendero Luminoso, del MRTA. Justo esa zona fue declarada zona roja. No había opciones para la juventud, muchas opciones. El narcotráfico, el terrorismo... Aparte la crisis económica", rememora Tello, quien con solo 17 años, recién egresado del colegio, miraba un futuro desolador. "No había una motivación para seguir adelante. Mi opción que yo tenía muy bien era pertenecer a una de esas bandas, porque no había opción de trabajo".

El sacrificio de un hermano mayor: "Yo me lo voy a jugar"

Siendo el mayor de cinco hermanos, el peso del hogar recaía también sobre sus hombros. La crudeza de la situación llegó a su clímax cuando su padre, con la poca capacidad económica, le dijo que solo podían financiar los estudios superiores para uno de sus hijos. "Yo le dije: 'Quiero que mi hermana. Yo me lo voy a jugar'", cuenta Tello, con la emoción aún palpable. Su hermana se fue a estudiar, mientras él encontró trabajo en un aserradero.

"Me picaba esa polvareda de la arena, el aserrín... ¡Dios mío! No, esto no es para mí. Me dije: 'Quiero hacer un sacrificio. Algún día cuando asuma, tenga mi familia, mi esposa, ¿cómo lo voy a alimentar?'", fue la pregunta que lo impulsó a buscar una salida. En el colegio, una telenovela brasilera sobre una mujer que "reciclaba chatarra" y prosperaba le mostró que "detrás de esos cerros había vida. Tenía que atreverme a cruzar y podía tener una oportunidad. Lo que yo en esos tiempos solamente pedí fue una oportunidad".

La odisea amazónica y una prueba de fe en Brasil

Con un coraje forjado en la adversidad, Tello tomó una decisión radical. "Le dejé una carta a mi mamá y me fui por tierra", rememora. Su viaje lo llevó a Iquitos, donde por diez días

trabajó en el mercado de Belén vendiendo culantro para financiar su pasaporte. Desde allí, abordó una lancha rumbo a Brasil, un destino inicialmente impensado para él, que soñaba con la fría Dinamarca.

En la orilla del Amazonas, en Tefé, Brasil, solo y sin recursos, una sombra se le acercó. Era el dueño de una peluquería, Reinos Cabeleireiro, quien, viendo su necesidad, lo acogió, le ofreció comida, un corte de pelo y un lugar donde dormir. La generosidad venía con una propuesta: "Quiero que sea mi pareja. Te ofrezco una mensualidad para tu familia, gimnasio, ropa, todo así. Directo", le dijo.

"Sabía que esta conversación iba a suceder. Le dije: 'Yo no puedo'. Por principio", relata Tello. Conmovido por un sermón callejero que escuchó en Perú, su fe le dio la fortaleza. "Tu propuesta me solucionaría esto, pero no necesito. Yo sé que Dios me va a bendecir, pero no creo que me va a bendecir de esta manera. Te agradezco por haberme acogido". El hombre, sorprendido, le respondió: "Se ve que eres un buen tipo. No tranzas lo que tú crees. Quédate el tiempo que quieras".

El rumbo a Chile: Un salto al vacío a los 20 años

En esa peluquería, Tello conoció a otro peruano, quien también buscaba escapar de su realidad en Brasil, donde los peruanos eran "muy maltratados". Juntos, tomaron una decisión audaz: ir a Chile. "Él confió en mí", dice Segundo. Vendieron sus pocas pertenencias y emprendieron el vuelo de regreso a Perú, pero de una forma impensable. "Nos subimos en el avión en esa parte que hace esa curva... como bulto", confiesa, refiriéndose a viajar sin registro en un avión que transportaba tractores. Ese día, **Segundo Tello cumplía 20 años**.

Llegaron a Lima a las 3 de la madrugada, luego tomaron un bus a Tacna y un tren a Arica, cruzando la frontera sin que les pidieran documentos. En Arica, la precariedad continuaba. "Desayuno uvas, almuerzo manzanas, en la noche membrillo. Superveganos éramos", bromea. Durmieron a la intemperie, frente a una iglesia.

La búsqueda de trabajo era constante. Empezó pelando papas en un restaurante, luego como "copero" (ayudante). Su disciplina y buena atención lo llevaron a trabajar como pastor de chivos en el Valle de Azapa, ganando 1000 pesos diarios, y en una carnicería los fines de semana. Con 40 días de trabajo, juntaron el dinero para el pasaje a Santiago.

Santiago: La prueba de fuego y el "Hogar de Cristo"

Al llegar a Santiago en 1993, la realidad fue otra. Los amigos chilenos que conoció en Brasil lo recibieron fríamente. "Me dice: 'Pucha, acá la casa es pequeña, no tengo... Mira, yo te doy una orientación donde te puedes quedar'. Nada menos que el Hogar de Cristo", relata Tello. Allí, en un refugio para indigentes, pasó 15 a 20 días.

"Ahí vi la bajeza también del ser humano. Gente que logró tener su casa, con buenos apellidos... Por el alcohol, por problemas de familia, estaban allí. Y ahí dije: 'Dios mío, yo no quiero esto para mi vida. Yo quiero otra cosa'. Para mí fue muy importante. Por eso digo que haber llegado a ese espacio fue mi calma", reflexiona. Esa experiencia lo impulsó a una meta: "Tengo que estudiar".

El ángel guardián y la construcción del sueño

En el Hogar de Cristo, un cura notó su dedicación. Tello siempre ayudaba a los ancianos, incluso les ponía las calcetas. Gracias a él, conoció a Don Fernando, un empresario que necesitaba ayuda en su minimarket en Maipú. Tello, sin documentos, trabajó con un nombre falso, Antonio. Su buen servicio era notado por los clientes. Don Fernando, quien no podía tener hijos y había adoptado dos, se encariñó con Tello, le ofreció un cuarto en su casa y lo ayudó a regularizar su situación migratoria.

"Viví con él dos años. Los niños se acostumbraron conmigo, yo los llevaba al colegio, los traía, les contaba cuentos. Para mí era natural", explica. Con una visa de residente, lo impulsó a una meta: "Tengo que estudiar".

Su compromiso lo llevó a formarse durante cuatro años en **Informática**. A los dos años de estudios, ingresó a trabajar en **Entel**, empresa dedicada a telecomunicaciones, donde se especializó en desarrollo de software para fibra óptica, una carrera que mantuvo por once años y que incluso lo llevó a trabajar en Estados Unidos.

Tras su retorno, una nueva etapa de su vida comenzó. "Me caso, y justo conozco a mi esposa que es de Perú, de Villarrica. Su familia, toda su vida han producido café", relata Tello. En ella, Segundo no solo encontró a una compañera de vida, sino también una profunda conexión con sus propias raíces y la realidad del campo peruano. "Me encuentro con una realidad que el tipo de pobreza que ellos también vivieron, una pobreza muy extrema donde en los años cuando ellos eran niños fueron por el terrorismo, que se fueron invadidos", confiesa, dándose cuenta de que "lo que yo estaba viviendo era un hombre afortunado". La coincidencia de que ambos provenían de familias dedicadas al campo y al café fortaleció su vínculo.

Fue precisamente un proyecto de emprendimiento de su esposa en la universidad lo que encendió la chispa para **Café Altura**, fusionando así su historia personal de esfuerzo y superación con el legado familiar del café. La persistencia de Segundo Tello y su profundo compromiso con la calidad, especialmente con el **café de origen peruano**, son el motor de esta marca que no solo ha conquistado el paladar chileno, sino que también es un símbolo del espíritu emprendedor de la comunidad peruana.